



## Masculinidades

O dio reconocerlo —le decía a Alter Ego, un amigo común— pero creo que cada vez nos parecemos más a las mujeres. Hablo, se entiende, de este proceso que vivimos los hombres de resignificar lo masculino porque, como ellas, vivimos preguntándonos e intentando desarmar un modelo injusto pero perfectamente estructurado en cada una de sus partes en la que cada una justifica a la otra.

En los hechos, pienso, nos sucede que habiendo tantas búsquedas sobre las nuevas masculinidades, no tenemos aún modelos acabados y, por el contrario, los que teníamos han dejado de ser operativos, no rinden ya los frutos que se esperaría de ellos: nos frustran, nos irritan, nos colocan en una posición falsa, mientras cada vez se diluyen más las diferencias entre las búsquedas particulares y las de género.

Lo femenino y lo masculino no se definen ya por los roles que se juegan en el hogar, el trabajo o el amor, sino por nuevas formas de acercamiento y percepción de la realidad con respecto a nuestros respectivos géneros.

Ocuparse de las labores que antes se consideraban femeninas no nos hace menos hombres, como a ellas dirigir una empresa u ocupar un puesto relevante y de mando no las hace masculinas, pero al mismo tiempo estas situaciones nos colocan frente a nuevos paradigmas que no siempre somos capaces de dilucidar.

Estamos llegando a puntos de encuentro en los que el género pasa a segundo término y nos sentimos más cómodos al considerarnos sólo personas. Y como tales nos permitimos equivocarnos, ser falibles, o tiernos y comprensivos. Es decir, estamos dejando de responder a un patrón que más bien nos hacía infelices y nos proveía de grandes dosis de frustración porque, hay que reconocerlo, ¿cuántos de nosotros éramos capaces de llenar las expectativas que se nos exigían? Yo no, por lo menos (el que esté libre de frustración que tire la primera piedra).

Pero no nos victimicemos, no caigamos en actitudes que en el pasado tanto criticamos, porque aunque cambiamos poco a poco, de manera casi imperceptible, seguimos pidiendo demasiado de las mujeres, lo que a la larga nos coloca en desventaja frente a nosotros mismos, que no acabamos de hacernos responsables de nuestro ser hombres, de conseguir la independencia que tanto deseamos.

No nos gustan las mujeres tradicionales, pero nosotros seguimos siéndolo, ateniéndonos a que nos sirvan la sopa o nos zurzan el botón de la camisa. Tenemos que aprender a negociar, me digo constantemente mientras preparo la comida o atiendo a mis hijos y hago cosas como ésas que me hacen feliz.

Pero con quién negociar que vaya más allá de mi propia cotidianidad, a quién enseñar lo que los nuevos hombres aprendemos de nosotros mismos y cómo convencer a alguien de que éste es el camino si no hay ninguna seguridad, ni siquiera para nosotros mismos.

Y, claro, a veces puedo estar seguro de que rompiendo paradigmas puedo ser más feliz, pero nadie me lo puede asegurar. Tampoco estoy muy seguro de que así se resignifica lo masculino porque me preocupa más ahora ser una persona que definirme sólo como hombre. Quizás porque como persona me siento libre de ser como soy sin tener que explicarme a cada momento el sentido de mis acciones: sólo amo, y busco ser amado; sólo quiero vivir el presente, sin tener que preocuparme de ser un ejemplo para nadie, si acaso para mis hijos, pero sin pretenderlo verdaderamente; si acaso, como ejemplo de libertad.

Y esa es justamente la tragedia que vivimos los hombres de este inicio del siglo xxi: que somos incapaces de encontrar algún sentido en el pasado, pero tampoco tenemos modelos actuales; que hemos renunciado a la eternidad pero somos al mismo tiempo incapaces de resignificar el presente. Del futuro no vale la pena ni hablar. ¶